

OLGA BELMONTE, 2012
LA VERDAD HABITABLE.
HORIZONTE VITAL DE LA FILOSOFÍA DE FRANZ ROSENZWEIG
MADRID, ED. UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS, 231PP.

Olga Belmonte, en *La verdad habitable*, ha conseguido magistralmente introducirnos en el pensamiento de Franz Rosenzweig. Nos presenta al autor de *La estrella de la redención* mediante un recorrido trascendentalmente filosófico y profundamente práctico. *La verdad habitable* es un libro que nos permite no sólo conocer la obra de este filósofo sino también ser testigos de las influencias, muy bien reflejadas, que en ella ha ejercido. Es un camino de iniciación, a partir de Rosenzweig y con la ayuda de Olga, para mirar las cosas a partir de ahora con otros ojos, y vivir la vida de otra forma.

La lectura de un libro al que previamente se asiste a su presentación, permite afrontar la reflexión con un cierto sosiego, el mismo que Olga Belmonte transmite cuando habla de *La verdad habitable*, lo que yo considero una obra “redonda”. Y no pueden ser escuchadas sus palabras sin recordar a Jean de la Bruyère quien, al tratar la cuestión del “mérito personal” en *Los caracteres*, nos dice que “muy pocos son los que gozan de la virtud de llenar el vacío del tiempo sin caer en lo que el vulgo llama negocios. No falta, sin embargo, a la ociosidad del sabio más que un nombre de mayor fama: que al meditar, hablar, leer y vivir tranquilo se le llame trabajar”.

El sentimiento que la autora transmitió cuando se dirigía al auditorio en la presentación del libro era el de que se asistía al preludio de un texto maravilloso. En este libro que reseñamos, y que recomendamos, hay sentimiento, ilusión, vivencia, pero sobre todo un disfrutar que nos guía, en un estilo claro, por un precioso viaje. La filosofía de Franz Rosenzweig es transmitida con pasión, con “miedo” a que no se comprenda, y con el reto de abrir a los lectores a la posibilidad de sentirse “tocados” y, consecuentemente, de ver las cosas y sobre todo al prójimo, al fin de forma diferente.

Olga Belmonte pone ante nuestros expectantes ojos un recorrido no sólo temporal sino también espiritual; un viaje en tres planos: histórico, filosófico y vital. Desconozco si Olga tenía al escribir alguna pretensión de “remover” a sus lectores, pero si su intención primaria no era ésta, no cabe duda de que su buen hacer logra un “despertar” en el animoso lector. Pero el viaje tridimensional no queda ahí, pues además acontecen tres viajes personales, el de los tres protagonistas que hay detrás de este libro (el inspirador, la autora y el lector). En definitiva, es una invitación a un caminar lento: nos proporciona un nuevo punto de partida, que si bien para Olga es lo concreto, el acontecimiento, para nosotros es nuestro día presente y futuro, para seguidamente girar nuestra mirada hacia la luz de su pensamiento, y con ello posibilitarnos poner nuestros ojos en la vida cotidiana en la que estamos inmersos. Es un ofrecimiento a una desvinculación, una huida de las restricciones, para vivir de otra manera: con amor y esperanza (camino hacia Dios). Se trata de dejar de lado el excesivo racionalismo e iniciar la vida del milagro, para así empezar a realizar el reino de Dios amando a Dios a través del prójimo.

Quiero y deseo, puesto que como lector también ahora soy protagonista, animar y empujar a su lectura para así acceder al descubrimiento de Franz Rosenzweig, todo ello mediado con *La verdad habitable*. Si he sentido el pinchazo de conocer más la vida, la obra y el pensamiento del autor protagonista, creo que no puedo dejar de comentar algunos de los aspectos que por su novedad y audacia abren las puertas a otra manera de afrontar el presente y el futuro.

La estructura del libro es esencial para este recorrido vital, pues sólo un esquema como el que ha planteado puede permitir al lector un devenir lógico. Primeramente nos explica cómo el “nuevo pensamiento” de Rosenzweig se entiende desde la superación de la filosofía tradicional, cuyo origen es la negación de la muerte y de los elementos concretos, que alejan al hombre de la vivencia plena de la vida, privándole de la apertura a la realidad. Este pensamiento tradicional armó una filosofía que inventó un Todo inteligible para negar la angustia. En definitiva, inventó la seguridad en lo lejano ante la desconfianza en lo cercano, y todo ello porque la contingencia le abrumaba. Seguidamente, se produce una superación de Nietzsche

quien, a pesar de afirmar el tiempo, la finitud, la muerte, el individuo, la novedad, el acontecimiento, lo concreto, deja al hombre aislado y egoísta. Con esta doble superación, Franz Rosenzweig realiza una lectura optimista de la vida mediante el enriquecimiento de la misma a través de la mirada al prójimo.

Si para Rosenzweig el pensamiento está fuertemente ligado a una forma de vida, es decir, a la suya propia, no podría ser de otro modo que Olga Belmonte se aproxime y analice la realidad concreta contemporánea. Se trata de una reactualización y, podríamos decirlo, de un examen sobre su actualidad. El resultado es positivo, pero sobre todo por la luz que arroja sobre hechos de actualidad, esos que nos envuelven e incluso nos remueven en el asiento, dejando que nuestra indiferencia no permanezca adormecida.

La filosofía de Rozenzweig es un buen molde desde el cual poder situar, comprender, profundizar y criticar muchas de las cuestiones y problemas actuales, sobre todo los relacionados con los derechos colectivos que utilizan la lengua para imponer su “verdad” y su consecuente fanatismo y odio del prójimo, que se basan en unos derechos colectivos que nunca deberían existir si no puede universalizarse, y en razones de su nacimiento en un lugar y en un tiempo.

Con su “nuevo pensamiento” se recuperan los tres elementos Dios, Hombre y Mundo (una totalidad) en sus intrínsecas relaciones, sin que ninguna de ellas suponga la reducción de las otras (como así fue históricamente). De ellos podrían desprenderse paralelismos de otras realidades con esta trinidad:

Creación	Revelación	Redención
Pasado	Presente	Futuro
Mundo	Hombre	Dios
Belleza	Bien	Verdad

Estos paralelismos nos permiten entender en dónde entra la propuesta de amor al prójimo, al que sitúa como el puente entre Dios y el Hombre, entre el Mundo y el Hombre, pero sobre todo,

a partir de ahora, entre el Hombre y el Hombre. El presente sería el tiempo del Hombre que ha “padecido” la Revelación, pero no del hombre de las pasiones del mundo, sino del hombre de amor, quien a través de este amor llegará a Dios. Esto implicará una superación de la actividad contemplativa de la creación y el inicio de un presente de amor, que nos impide aceptar una verdad parcial —propia de la relatividad de las contingencias—, para situarnos en el camino del conocimiento de Dios o de la verdad total como una meta futura que queremos alcanzar o confirmar con una actitud de confianza.

En definitiva, partiendo del conocimiento de la existencia de la muerte, es decir, de la existencia de la finitud o la existencia de la contingencia —y por tanto desde la existencia propia de mi irrepetible individualidad—, doy el salto a una existencia basada en el amor al prójimo en la confianza de alcanzar a Dios o la verdad absoluta (pues mis limitaciones tan sólo me permiten saber una verdad relativa). No se trata ya del conocimiento como fin en sí mismo, sino como medio de amar al otro.

Uno de los aspectos más interesantes es la relación entre fe y creencia, y cómo encaja el milagro. Se nos plantea que la fe y el saber no pueden estar separados. La teología tiene que estar sustentada en la Creación con ayuda de la filosofía, pero este saber debe estar ligado a la experiencia, a lo concreto. La fe supone reconocer a Dios como fuente de los acontecimientos, es el reconocimiento de la huella de Dios, y en esos actos en los que Dios se revela se da el milagro (que no se puede reducir racionalmente), entendido como límite de la razón práctica. La creencia en el milagro no se opone al conocimiento científico, ellos son rupturas de la historia, inexplicables desde la razón, en las que sólo cabe creer o confiar.

Cuando se trata el milagro del presente a pesar del sufrimiento no se puede evitar, en este caso, pensar en la propia vida de Rosenzweig quien fue capaz, desde la silla de ruedas y la parálisis casi completa, de reconocer el regalo del encuentro con el otro, de ver crecer la vida en su hijo o el regalo de sentir, a pesar de todo, la esperanza en que al final llegará el Reino. No es racional, pero sí razonable.

Otro punto esencial, abierto a la reflexión de los que profundizan en la filosofía de Rosenzweig es poder entender sin fisuras sus

referencias a dos ideas entrelazadas: la primera de ellas es la necesidad de que cada sufrimiento individual sea reconocido para que el Todo no niegue el grito individual, es decir, la necesidad de poner nombre a cada individuo; la segunda idea es el entendimiento del milagro de la vida como regalo, el milagro continuo. No obstante, me parece que deja sin analizar profundamente al sujeto en su individualidad, esto es, en cuanto a su sufrimiento. Justifica el origen del sufrimiento pero no lo interpreta, al igual que explica la felicidad presente como brote del sufrimiento pasado y no de la felicidad pasada, pero tampoco explica su sentido. De esta forma es difícil entender el milagro de la vida, enmarcado en su idea de vivir el presente, si vivir el instante presente es un instante de sufrimiento del prójimo. Este sufrimiento es justificado al referirse al choque entre el mundo inteligible y el hombre en su faceta individual, pero no lo explica.

En relación al amor a Dios, afirma que es a través de lo mundano y de las manifestaciones de lo divino como se puede acceder a Él, porque amar a Dios puede llevar a olvidar al prójimo. Por tanto debemos amar a Dios en los demás y así evitar amar a los otros para únicamente amar a Dios. El planteamiento de no amar a Dios directamente sino en el mundo, en el prójimo, podría suponer que el amor a Dios no es innato, incluso imposible si no se da un cierto camino iniciático. Por ello, el misticismo es un concepto difícil de interpretar a la luz de sus palabras, pues no sería una forma de amar sino una ilusión inconsistente con el ser del hombre.

Desde este análisis sobre el amor a Dios llegamos al fin a la idea que Rosenzweig tiene de la religión. Ella es la representación de lo Santo, del bien; un modo de configurar a Dios y a nuestra relación con Él, pero no se podría imponer como una imagen única suya. Por lo tanto, esta bondad y este amor no tienen por qué darse en el marco de una religión. Pero ¿es para el hombre imposible amar a Dios? Entiendo que no se le puede amar como si fuera otro hombre porque sus naturalezas son diferentes: Dios es siempre amante y el hombre amado. En este caso, podría llegar a darse un cierto determinismo pues, si no se dan la condiciones para que el alma despierte por el amor de Dios, el individuo queda excluido de la posibilidad de amar al prójimo. En ese caso se justificarían el mal y la increencia, y

—como más tarde afirma— tal vida sería una vida no tocada por amor y, en esa medida, no sería ya responsable de sus actos libres.

Por último, no podemos quedarnos en el pensamiento sin acabar con la aplicación práctica. En la última parte del libro, “La vuelta a la vida cotidiana”, Olga analiza los temas de actualidad y da su personal visión de los acontecimientos de nuestras vidas a la luz de toda su exposición del pensamiento de Rosenzweig. Anima al lector a no ser indiferente ante el otro, ante su dolor o enfermedad; una llamada a una acción que tiene como origen la interpelación del otro. Anima a construir una sociedad que reflexione para no caer en el inmovilismo espiritual y no olvida la tarea del filósofo: mirar de forma crítica el mundo, buscar otras perspectivas, dialogar y, desde una nueva perspectiva propia y de los demás, hacer un mundo mejor.

En esta última parte del libro habla de la soledad, el holocausto, los totalitarismos y fundamentalismos, la Modernidad, la técnica y el progreso, la violencia colectiva, la formación académica y el papel de la escuela durante la niñez, la pobreza en el mundo, las guerras, las catástrofes, los genocidios, la globalización, el capitalismo, la desigualdad, la democracia, la pena de muerte, el Islam, la escasez de recursos, la cooperación internacional, el consumismo, la solidaridad, el altruismo anestésico y el voluntariado, la intolerancia.

Su pensamiento lleva a la autora y a sus lectores a re-pensar de nuevo sobre aspectos de actualidad, a la luz de sus conceptos fundamentales. Un pensamiento así mueve no solamente a reflexionar desde otra perspectiva sino a cambiar la vida entera, a ser filósofos con otra actitud, una de diálogo crítico pero propositiva, actuante. En definitiva, a ser filósofos desde el diálogo constante con la realidad, a actuar con amor al prójimo iluminados por esa Revelación, ese “otro” que es condición para el ejercicio de mi libertad y que me otorga mi autenticidad, que me nombra.

Este nuevo saber se plantea como una filosofía no de un sólo camino sino como una pluridimensionalidad de la que soy consciente y me permite una nueva forma de vivir muy auténtica: hablar como hombre concreto al hombre concreto.

Vicente Aliño Pérez